

La dignidad y la gracia

Nos hacemos eco nuevamente en esta Revista de Prensa (donde recogemos extractos de artículos publicados en otros medios) de una reflexión de la escritora y periodista Rosa Montero, siempre sensible a los temas sociales desde su sección "Maneras de vivir" de *El País Semanal*.

El otro día fui testigo de algo inolvidable. Estaba almorzando con una amiga al aire libre en una terraza de una céntrica calle madrileña. Había unas ocho o nueve mesas puestas en fila a lo largo del bordillo y nosotras ocupábamos uno de los extremos. De pronto vino una niña corriendo por la acera; debía de tener entre dos y tres años y era verdaderamente extraordinaria, fuerte y saludable, muy hermosa, con los ojos negros chispeantes de vida, una niña feliz que jugaba a ser perseguida por su madre, que era una gitana probablemente rumana de unos veinte años, esbelta y muy guapa. Las dos correteaban por la calle hasta que la madre atrapó a la niña justo a la altura de nuestra mesa y la estrujó cariñosamente entre sus brazos. Ambas se reían, disfrutando de un pequeño instante de alegría pura.

Mi amiga y yo nos sentimos inevitablemente atrapadas por el esplendor de esa niña, de esa escena. "Qué cría tan preciosa", exclamamos a la vez, "qué bonita, es lindísima". La madre nos miró, aún abrazada a ella, y sonrió orgullosa y feliz. Entonces vi que por su expresión pasaba la sombra de una reflexión, una rápida duda, semejante a esa ligera onda que recorre velozmente la superficie de un estanque tras haber arrojado un guijarro al agua quieta. Y enseguida la vi ponerse en pie, ya decidida; sonreírnos de nuevo, saltarse limpiamente nuestra mesa y empezar a pedir limosna en la mesa de al lado, y después en todas las demás, hasta terminar con la terraza. A continuación se marcharon de la mano calle abajo, sin volver la cabeza. Esto es la dignidad, pensé. En esto consiste exac-



tamente respetarse a uno mismo. Aun no teniendo nada, aun siendo una gitana marginada, pobre y emigrante, puedes mantener tu integridad (...) El destino de los seres humanos, el verdadero sentido de nuestras vidas, se dirime precisamente en ínfimos detalles como este.

Claro que esa gitana sí tenía cosas. Muchas cosas. Por lo pronto, tanto ella como la niña mostraban un aspecto limpiísimo y cuidado. Era obvio que la mujer no mostraba a su linda niña con el fin de sacar más dinero a los paseantes: probablemente la llevaba consigo porque no tenía donde dejarla. Tal vez vivieran, como tantos de sus compatriotas, en uno de esos poblados de chabolas llenos de polvo y mugre (...) Su apariencia, por consiguiente, debía de ser un logro de la voluntad y de la disciplina, un milagro de perseverancia y autoestima (...) Tener todo eso, una niña preciosa, afecto por su hija, sensibilidad, alegría de vivir, inteligencia y voluntad para construirse una existencia decente, es tener muchas cosas. Eso es lo que mi amiga y yo vimos en ellas, valores envidiables que les envidiamos. Y eso es lo que la gitana no

quiso manchar pidiéndonos limosna. Porque sabía que ella no valía menos que nosotras y la limosna siempre impone cierta jerarquía degradante, tanto para el que da como para el que recibe.

"Nadie puede hacerte sentir inferior sin tu consentimiento", escribió la formidable Eleonor Roosevelt, esposa del presidente de Estados Unidos Franklin Delano Roosevelt y presidenta de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, desde donde logró sacar adelante la Declaración Universal de Derechos Humanos (...) Y Eleonor sabía de qué estaba hablando, porque su vida había sido muy difícil y pródiga en situaciones humillantes.

(...)

La dignidad, en efecto, es algo tan inasible y ligero como el humo, es apenas una espuma del corazón; y, sin embargo, puede ser tan resistente como el titanio. No es sólo tu entorno, por duro que sea, lo que define tu posición en la vida: al final, la última decisión depende de ti. La gitana decidió no pedir en nuestra mesa, y eso, y otras minúsculas elecciones semejantes a esa, conforman el núcleo de lo que ella es. La medida de su orgullo y su entereza. Siempre recordaré, como quien recuerda una lección fundamental, la dignidad y la gracia de esa gitana.

Rosa Montero.

"La dignidad y la gracia". En *El País Semanal*, "Maneras de vivir", n.º 1.395, domingo 22 de junio de 2003, p. 144.

Fotografía de Carles Ribas.